

El barquito que se perdió



Dios los compró a un alto precio. Por lo tanto, honren a Dios. 1 Corintios 6:20 NTV

A Juanito le gustaba hacer cosas con las manos, especialmente tallar en madera. Un día se sintió muy feliz y orgulloso de haber terminado un barquito. Había demorado varias semanas en hacerlo.

No era un barquito cualquiera. Cada detalle lo había hecho con sumo cuidado. Cuando quedó satisfecho con su trabajo, lo pintó de azul con franjas blancas. Después le puso unas velas y una banderita.

Cerca de donde vivía Juanito había un lago. Era un lugar excelente para hacer navegar al barquito, porque las aguas eran tranquilas.

Un día de sol Juanito decidió probar si su barquito flotaba. Le puso una sogá para que pudiera guiarlo por la orilla. Imagínate cómo se divertía al hacer navegar su barquito.

EL GRAN INCENDIO

De repente, cuando iba corriendo por la orilla y el barquito navegaba feliz en el lago, se oyó el sonido de la alarma de incendios. ¡Piiiiiiii! ¡Piiiiiiii! Después Juanito oyó el camión de bomberos en la distancia. Soltó la sogá de su barquito y corrió hacia donde oía a los bomberos.

Era un gran incendio. Se quemaron todas las casas de una manzana completa. Juanito miraba asombrado cómo los bomberos se esforzaban en su trabajo de salvar a la gente atrapada dentro de las casas en llamas y cómo trataban de apagar el fuego.

Juanito estaba tan interesado en lo del incendio que se olvidó por completo de su barquito. En el lago, el barco fue navegando solo, alejándose más y más de la orilla.

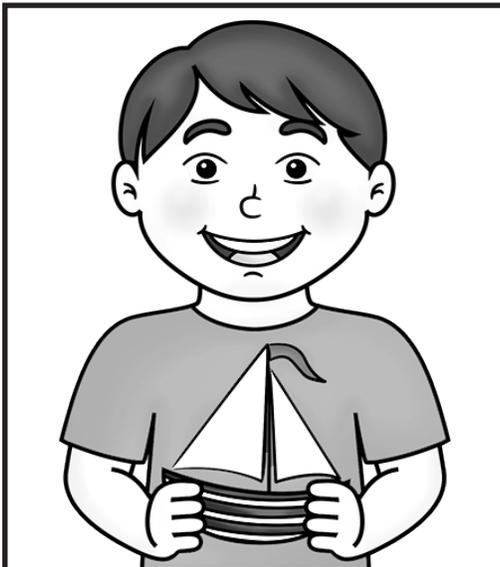
Al fin Juanito se acordó de su barquito y volvió corriendo al lago. Miró de un lado a otro, corrió por la orilla, pero el barco había desaparecido. «¿Dónde te has ido, mi barquito?» preguntó Juanito entre lágrimas. Había dedicado mucho trabajo a tallarlo y a darle todo el acabado de un barco de velas. Ahora lo había perdido.

¿DÓNDE ESTABA EL BARQUITO?

Todos días Juanito se paseaba por la orilla del lago, con la esperanza de recuperar su tesoro. Su papá, al verlo muy triste por la pérdida de su barquito, dijo que le compraría un nuevo barco; pero Juanito no quería eso.

—No sería mi barco —dijo nuestro amiguito—. Quiero encontrar el barco que yo hice. No quiero otro barquito.

Pasaron las semanas, y luego, un día, sucedió algo extraño. Juanito caminaba por la calle principal de la ciudad



en compañía de su padre. Cuando pasaron por la tienda de juguetes, vio allí a su pequeño barco.

—¡Papá, mira! —exclamó Juanito—. En la vitrina está mi barco, mi pequeño bote azul con franjas blancas.

—¿Estás seguro, hijo? —le preguntó su papá.

—Claro que estoy seguro. Hasta tiene la banderita que le puse.

—Pero el barquito tiene precio —dijo su papá—. Está en venta.

A Juanito no le importó eso. Entró en la tienda, decidido a recuperar su gran tesoro.

—He venido por mi barco —le dijo a don Edgar, el dueño de la tienda.

—¿Tu barco? ¡Ése no es tu barco!

—Sí, es mi barco. Yo lo hice. Yo lo pinté. Yo le puse las velas. Yo lo adorné con una banderita.

Entonces el papá de Juanito le explicó a don Edgar lo que había pasado con el pequeño barco azul y blanco.

—Yo lo compré de un pescador el día después del gran incendio —dijo don Edgar.

JUANITO RECUPERA SU BARCO

Juanito trataba de contener las lágrimas. Allí estaba su barquito; pero ya no era suyo

—No llores, hijo —dijo don Edgar—. Te voy a vender el barco por el precio que le pagué al pescador. ¿Te parece bien?

—Sí, sí —dijo Juanito entre sollozos—. Voy a vaciar mi alcancía para comprar mi barquito.

Eso es lo que hizo. Al día siguiente él y su papá volvieron a la tienda. Con rostro radiante Juanito le entregó a don Edgar el dinero que había sacado de su alcancía.

—Barquito, te compro con mi propio dinero —dijo Juanito—. Primero te hice y ahora te compro. ¡Eres realmente mío!

Cuando don Edgar le entregó el barco, Juanito lo abrazó con fuerza. Desde ese día, nunca soltó de la sogá que tenía el barquito. Con sumo cuidado lo hacía navegar en el lago.

JESÚS TE HA COMPRADO

Juanito y su barco nos hacen pensar en el Señor Jesús. Somos hijos de Dios porque nos ha creado; pero más que nada somos de Él porque nos ha comprado al morir por nosotros en la cruz. Si amas a Jesucristo y le has entregado tu vida, así como dijo Juanito a su barco, Jesús te dice:

«Eres doblemente mío. Primero te hice, después te compré.»